

LA REVELACIÓN DEL MUNDO POR PORTUGUESES Y ESPAÑOLES

Corría la segunda mitad del siglo XVIII. París era la capital cultural de Europa y de los países de América que de Europa habían recibido la cultura. Por iniciativa de Diderot y D'Alembert se publican (1765) los 28 tomos de la Enciclopedia del siglo XVIII, que había de promover una revolución cultural, política y social de inmensa trascendencia. A pesar de los esfuerzos del «Despotismo ilustrado» de los Borbones para situar a España al nivel de Europa; a pesar del prestigio ultramontano del pequeño grupo de enciclopedistas españoles, la Enciclopedia es hostil a España, sobre la cual pesa la «Leyenda negra». De aquí la tremenda afirmación de uno de los más modestos colaboradores de la obra, de resonancia universal: el abate Masson de Mouvilliers—casi desconocido en la misma Francia—, que llegó a negar toda la inmensa aportación de España a la Cultura: «¿Es que España ha contribuido en algo a la cultura universal?» Años antes un M. Felibren, secretario de la Academia francesa, había escrito que España no había producido un solo pintor importante.

La reacción española fue, naturalmente, inmediata. En 1787 don Juan Pablo Forner daba a la prensa su *Oración apologética por la España y su mérito literario*. Casi un siglo más tarde, en 1876 publicaba don Marcelino Menéndez y Pelayo su libro *La Ciencia Española*, que es un prodigio de erudición, pero que deja aparte la gran aportación de España a la revelación del mundo. Este concepto peyorativo sobre la cultura española se modifica en el siglo XIX, en el cual se valoran la gran literatura y el gran arte del Siglo de Oro. Pero es lo cierto que en la centuria de los grandes descubrimientos, que cambian totalmente la vida humana, apenas se puede citar un nombre español.

Para poner en su punto la aportación decisiva de España a la Cultura Universal es preciso llevar las cosas por otro camino: la revelación del mundo por las dos patrias peninsulares: Portugal y Castilla, que entonces se gloriaban en llamarse «España». Por los peninsulares, Europa conoció la verdad del mundo y a esta empresa

gigantesca contribuyen exploradores, conquistadores, misioneros, hombres de ciencia. Porque todavía en el 1400 el mundo era para un estudioso de Roma, de París o de Viena, un gran misterio. Eran bien conocidos, Europa, el contorno del Mediterráneo, el norte de Africa, el Cercano Oriente. Del Extremo Oriente había ya vagas noticias. Se ignoraba todo lo demás y en la imaginación de las gentes, aun en las que se llamaban doctas, el vacío se llenaba con estupendas invenciones de falsos viajeros. Lectura favorita de la Europa del siglo xv era el *Libro de las maravillas del Mundo*, que se atribuía al caballero Juan de Mendeville, pero cuyo autor parece haber sido un médico de Lieja. El libro satisfacía la ávida curiosidad de los lectores con la descripción de ciudades fabulosas y de toda clase de monstruos: hombres con un solo pie, cuya sombra les cobijaba en su sueño; razas de hombres con cabeza de perro o sin cabeza, con las facciones en el torso. Otro de estos viajeros, el fraile Oderico, llega a las puertas del Purgatorio. Una fecha trascendental para la cultura europea fue, a fines del siglo xiii, el viaje del veneciano Marco Polo, que revela a Europa las refinadas culturas del Extremo Oriente, apenas vislumbradas por romanos y árabes.

Portugueses y españoles están situados al extremo occidental de Europa. Sus costas atlánticas eran, para los antiguos, el *finis terrae*, frente al mar de las tinieblas, el tremendo misterio de las leyendas tenebrosas. Pueblos pobres, valientes y soñadores, sentían cada día la tentación hacia la gran aventura. Por un proceso que dura dos siglos, portugueses y españoles consiguen la revelación del gran misterio, en un prodigio de humana energía que a veces supera lo verosímil. Voy a hablaros hoy de grandes descubridores, pero yo no voy a descubrirlos nada. Mis datos están tomados de un manual cualquiera de Historia y son sabidos de cualquier escolar brillante de bachillerato. Mi tarea consiste en señalar sumariamente los jalones de la revelación del mundo por los dos grandes pueblos peninsulares.

La primera vocación castellana hacia el Atlántico se inicia en las islas Canarias. No era el maravilloso archipiélago un lugar ignoto para la ciencia antigua. Sin duda llegaron a él los fenicios, y Roma tuvo noticia de su existencia. Hay vagas referencias en Diodoro Sículo y en Pomponio Mela. En el siglo xi hay una cita del árabe Al-Becrí. En el siglo xiv llegan a las Islas Afortunadas navegantes florentinos y sus descubrimientos se reflejan en la obra de Boccaccio. Pronto portugueses y castellanos se interesan por la empresa y el canciller Ayala se refiere a una expedición de andaluces y vascos, con gran provecho económico. La ocupación castellana de Canarias comienza realmente

cuando el barón normando Juan de Bethencourt ofrece la soberanía al gran rey Enrique III. La conquista dura todo un siglo y no se consuma hasta los Reyes Católicos. Es un suceso de enorme importancia para la revelación del mundo. En la isla de la Gomera comienza, realmente, la aventura de Colón. Además Canarias fue un experimento de colonización que sirvió de precedente y de estímulo en la gran obra colonizadora de España en el Orbe Nuevo.

Para el historiador mejicano Carlos Pereira, en su bello libro, *El descubrimiento de las rutas oceánicas*, el establecimiento en la punta de Sagres del infante Don Enrique de Portugal es un momento culminante en la Historia del Mundo. Hasta entonces se viajaba por devoción o por el estímulo de ganancias comerciales. El infante inicia un sistema de exploraciones con criterio exclusivamente científico. La pequeña península de Sagres es un arenal estéril, pero con un ambiente de maravillosa limpidez. Don Enrique, poseedor de los inmensos bienes de la Orden de Cristo, escoge aquel lugar para establecer en él la *Vilha Terceira*, que era una dársena, un observatorio astronómico y un taller de cartografía, a cargo de Jaime de Mallorca, pintor de mapas y constructor de instrumentos náuticos. A partir de 1418, el infante prepara expediciones para contornear el Africa, en su costa occidental. Juan Gonçalves Zarco y Tristan Vaz Texeira descubren la isla de Portosanto; en 1419 Bartolomé Pelestorello llega a las islas Madeira. En 1431 Gonzalo Velho descubre las Azores.

Otro momento trascendental: el cabo Bojador ofrecía a los navegantes un obstáculo espiritual: el horror del mar desconocido, tenebroso, sobre el cual los marineros contaban horribles leyendas. Gil Eanes no consiguió vencer el terror de su tripulación (1433). Reprendido duramente por el infante, lo consiguió en una nueva expedición. El mito se había esfumado. En años sucesivos se llega a Río de Oro y se descubren las islas de Cabo Verde. En 1460 muere el infante Don Enrique «el Navegante». Deja a Portugal un breve y delicioso imperio pero le deja, sobre todo, la inquietud descubridora.

El hito más importante en la Historia de la Ciencia y en la Historia del Mundo es la arribada a la costa portuguesa de un naufrago, superviviente de un combate naval entre los navíos genoveses de Juan Antonio di Negro y el corsario Coullon el Viejo. Sucedió el 13 de agosto de 1476. El naufrago desvalido, que llega a nado a la costa peninsular era uno de esos personajes singulares; de esos tipos únicos que de tarde en tarde irrumpen en la Historia para cambiar su curso. Nacido, sin duda, en tierra de Génova había navegado mucho y había leído mucho. Era mercader de libros y de mapas. Su obsesión era el

viaje de Marco Polo; el mundo maravilloso del Extremo Oriente, ahora inaccesible por las conquistas de los turcos. De la lectura de unos pocos libros se había formado una idea obsesiva. Nadie dudaba de la esfericidad de la Tierra, que aparece ya representada como una esfera repartida en continentes en tablas catalanas del siglo xiv. El error providencial de Colón consistía en que, siguiendo los cálculos del geógrafo árabe Alfragano, que Colón pudo conocer a través del cardenal Pedro de Ailly, sostenía que, desde el extremo de Occidente a las tierras descritas por Marco Polo había «muy poco mar», franqueable con los métodos de la época.

En tanto Cristóbal Colón buscaba en vano quién aceptase sus quimeras y trabajaba al servicio de mercaderes genoveses que buscaban el provecho comercial de los nuevos descubrimientos, el nuevo rey de Portugal, Juan II, el *Pincipe Perfeito*, continuaba, con carácter cada vez más rigurosamente científico, la obra de Don Enrique «el Navegante». En 1484 Diego Cão descubre el río Zaire y el reino del Congo. Otro hecho trascendental en la Historia de la revelación del mundo. En el mismo año de 1484 Bartolomé Díaz dobla el cabo de Buena Esperanza, revela la forma peninsular de Africa y, al hacer posible la comunicación de ambos mares abre una ruta marítima entre Europa y la India, hacia el Extremo Oriente, hacia los maravillosos archipiélagos de la Polinesia, ricos en la especería, tan codiciada en Europa. Para las navegaciones de altura hacen falta aparatos científicos más eficaces que la brújula. Juan II mantiene en Lisboa una academia de geógrafos y de cartógrafos: Maese Rodrigo, José Judeo y Martín Behaim. De esta academia surge la invención del astrolabio. Colón expuso su teoría ante Juan II de Portugal. Con toda razón, los geógrafos del rey rechazaron los planes del aventurero ligur.

La leyenda romántica de Colón, cuyo difusor fue, en el siglo xix el conde Roselly de Lorges, ha hecho del genovés un sabio incomprendido por un mundo todavía medieval de teólogos. En realidad, Cristóbal Colón no era un hombre de ciencia. Era un gran poeta, un soñador, un profeta. Para encontrar quien aprobase sus planes, necesitaba de una sociedad de soñadores, como él. No la encontró en Portugal, pero sí en Castilla, entregada entonces en cuerpo y alma a la terminación de la reconquista. También en Salamanca había grandes geógrafos que desecharon los planes de aquel aventurero desconocido. Los sabios de Lisboa y de Salamanca, tenían razón. Entre el extremo occidental de la Península y el Extremo Oriente hay, no un pequeño mar sino dos inmensos océanos. Lo que no sabían, ni Colón ni los sabios de Lisboa y de Salamanca, es que entre ambos se interponía

un inmenso continente. Fue la intuición de tres soñadores: Isabel la Católica, Fray Diego de Deza y doña Beatriz de Bobadilla la que dio las carabelas a Colón. Y la intervención de dos personajes que la leyenda colombina ha postergado, pero sin los cuales la empresa no hubiese sido posible: los hermanos Pinzón.

El 12 de octubre de 1492 tuvo lugar el suceso, que, según los viejos cronistas, fue el más importante de la historia humana, fuera de la redención por Nuestro Señor Jesucristo. 1492. Parece como si la Providencia dejase a la vista sus cartas. En este año se termina la gran empresa secular de la reconquista. En este año se ofrece a España una gigantesca tarea en que emplear las energías acumuladas durante ocho siglos. Dirige la empresa un extranjero, pero los marinos eran españoles. Hoy todos los historiadores están conformes en que el viaje no se hubiese emprendido y no hubiese llegado a su colmo sin el prestigio entre la gente marinera del piloto de Palos, Martín Alonso Pinzón.

Imposible es enumerar siquiera los cuatro viajes de Colón ni los viajes menores que iban revelando el gran misterio. No quiero señalar sino algunos momentos capitales en la revelación del mundo por portugueses y castellanos. Uno de estos episodios capitales tuvo lugar en el tercer viaje de Colón. El 5 de agosto de 1498 hombres de Europa pisaron por primera vez el continente americano, en la península de Paria, en la actual Venezuela, cerca de las bocas del Orinoco que Colón, en su obsesión de haber llegado al continente asiático, señaló como los cuatro ríos del Paraíso Terrenal.

Entre tanto, los portugueses de Manuel «el Afortunado» persistían en la empresa de encontrar un camino marítimo para las Indias orientales. En 1497 salía del puerto de Belem la escuadrilla pilotada por Vasco de Gama. En la noche de navidad de aquel año los navíos portugueses doblaban el cabo de Buena Esperanza. Remontando la costa africana, penetraron por los mares asiáticos hasta Goa, en la India. El viaje, de inmensa importancia científica y política inspiró el gran poema de Luis de Camoens, la epopeya de los descubrimientos.

Otro momento capital en la revelación del mundo. Los intentos de exploración y de colonización de la costa atlántica habían sido una serie de fracasos en un país inhóspito. A consecuencia de este mismo fracaso un aventurero extremeño, Vasco Núñez de Balboa, se encuentra investido del caudillaje de la colonia. En septiembre de 1513 Vasco Núñez emprende una expedición a través del istmo, entre selvas espesísimas de ciénagas y de manglares. El 25 de septiembre los españoles, desde un alcor, avistaron por primera vez el más grande

de los océanos: el Pacífico. Una inmensa entrega de España al conocimiento del mundo.

A pesar de estas enormes revelaciones permanece aún, en la segunda década del siglo xvi, un gran misterio: la comunicación de ambos océanos, que permitiría, por más largos y difíciles caminos, realizar el sueño de Colón. Juan Díaz de Solís, portugués de origen español, piloto de España, navegando hacia el Sur descubre, en 1516, el enorme estuario del «Río de la Plata». Este mismo año se verificaba uno de esos pequeños sucesos que pasan inadvertidos y que adquieren trascendencia singular: la presencia en España de un *fidalgo* portugués que, acogido a una costumbre medieval, se había «desnaturado» de su rey: Fernando de Magallanes. Después de largas negociaciones, el portugués consigue la capitania de cinco naves, con una tripulación de españoles y de portugueses en la cual figura un italiano: Pigafetta, que había de ser el cronista de la aventura. La escuadra sale del puerto de Sanlúcar el 20 de septiembre de 1519. En marzo de 1520 arriba al Río de la Plata, donde comienza el misterio. Solamente tres de los cinco navíos persisten en la empresa: la «Trinidad», la «Concepción» y la «Victoria». Uno de los pilotos, Esteban Gomes, con la nave «San Antonio», prefirió el retorno a España por los caminos ya conocidos a enfrentarse con el misterio. «Momento singular —escribe Carlos Pereira— en el que cruzar el Atlántico era decisión de los cobardes.»

Ante Fernando de Magallanes y sus marinos, españoles y portugueses, que, agotadas sus provisiones y con los navíos en pésimo estado, quedaba libre el paso del Atlántico al Pacífico. Ante los tres navíos, se abría el paraíso de las islas que habían de llamarse Filipinas y los archipiélagos de la Polinesia. Se había cerrado el círculo del mundo. En 1521 muere en Mactán Fernando de Magallanes. El 7 de septiembre de 1522 entraba en el puerto de Sanlúcar la nao «Victoria», con Juan Sebastián Elcano y 18 hombres enfermos. El mundo no era ya un misterio. Cortés y Pizarro revelan a Europa la existencia de inmensos imperios de una cultura tan refinada como la del Antiguo Egipto o la de la Persia de los Aqueménides. La serie de viajes de los españoles durante los siglos xvi y xvii es portentosa. En el siglo xix había causado sensación en el mundo el viaje del americano Stanley por el Africa Central. Según otro norteamericano: Carlos Lummis, España produjo cien Stanleys en un siglo. El territorio que hoy integran los Estados Unidos está esmaltado de nombres españoles: en 1512 Juan Ponce de León arriba a la costa de Norteamérica. Alvar Núñez Cabeza de Vaca realiza una de las más portentosas exploraciones de la Historia recorriendo el continente septentrional de uno a otro mar. Su libro

Naufragios es uno de los más apasionantes libros de aventuras que se hayan escrito nunca, pero, además nos da la primera descripción de un país destinado a tan altos destinos. En 1565 el Adelantado Menéndez de Avilés funda la primera ciudad de Norteamérica: San Agustín. El español es el primer idioma europeo que se habla en los que son hoy «Estados Unidos».

Pero es un error el considerar esta obra gigantesca como una serie de hallazgos afortunados y de desesperados aventureros. La tarea científica de España y de Portugal ante los nuevos descubrimientos de sus marinos y de sus exploradores, es portentosa. En 1503 se crea en Sevilla la *Casa de la Contratación* que, desde sus comienzos, tuvo carácter científico. No hay en este aspecto, nada semejante en Europa. En él se reúnen cartógrafos como Juan de la Cosa; pilotos de la categoría de Américo Vespucio, Juan de Solís, Andrés de Morales. Los navegantes por las costas nuevamente descubiertas tenían la obligación de dar cuenta detallada a la Casa de sus descubrimientos. Hay laboratorios y talleres de fabricación de instrumentos: astrolabios, ballestillas, cuadrantes y relojes. Hay cátedras de Cosmografía, de Arte de Navegar, de Hidrografía, de Matemáticas. Es maravilloso cómo los países nuevamente descubiertos son estudiados científicamente en su etnografía, en su geografía, en su fauna y en su flora por españoles.

Hoy podemos contestar a La Enciclopedia y al Abate Masson de Movilliers. Los marinos, los exploradores, los soldados, los misioneros, los hombres de ciencia de España y de Portugal, que entonces se enorgullecía de ser también España, han aportado a la ciencia universal nada más ni menos que esto: la revelación del mundo.

EL MARQUÉS DE LOZOYA

